

(Versión en castellano para Sudamérica)

Nueva York, 28 de mayo de 1997

### ***Para la visita a la ONU***

Señoras y señores:

Estamos aquí en la sede principal de un organismo mundial: la *ONU*, que ve simultáneamente presente entre sus miembros a 185 naciones, “unidas” con la finalidad de “mantener la paz y la seguridad internacionales”.

Una finalidad, como expresa su Carta de constitución, obtenida por medio del respeto de los derechos fundamentales de la persona y de los pueblos, la cooperación económica entre los Estados, el desarrollo social de cada país.

Un acción que mira a eliminar los muchos flagelos que afectan a la humanidad: guerras, la carrera armamentista, la negación de las libertades inherentes a cada miembro de la familia humana, y también el hambre, el analfabetismo, la pobreza.

Es este, lo sabemos, el nuevo concepto de “paz y seguridad” que, a las Naciones Unidas, se le ha confiado: la paz entendida no como ausencia de guerra, sino como el resultado de condiciones que generan la paz.

Una institución, pues benemérita que, además de contar con el consenso de la humanidad también tiene la bendición del Cielo si es cierto lo que afirmó Jesucristo, el Príncipe de la Paz: “Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios”<sup>1</sup>.

Hoy, quien la visita, también representa a una realidad viva en 198 Naciones, y si bien es más humilde y menos conocida que la gran y famosa institución que la acoge, tiene mucho que ver con ella.

De hecho, también esta realidad, cuyo nombre es “Movimiento de los Focolares”, presente en el mundo católico y en más de 300 Iglesias cristianas y en 40 Religiones distintas, sin excluir a personas a las que tal vez les falta una referencia con lo Eterno, pero de buena voluntad, tiene como finalidad la paz en el mundo.

Aspirando a la unidad entre las personas, los grupos, los pueblos, soñando una futura realidad, que podría ser expresada por el término: Mundo unido, genera la paz en el mundo.

El Movimiento, promueve, construye la paz no a alto nivel, como hace la *ONU*, sino en la humanidad, en el pueblo, entre las personas de distintos color, lengua y razas, de naciones, de creencias diferentes.

---

<sup>1</sup> Mt 5, 9.

Y ¿cuál es el vínculo de unidad, cuyo efecto es la paz?

El amor que palpita en el fondo de cada corazón humano. Para los discípulos de Cristo puede consistir en lo que se llama caridad, que es una participación del amor que vive en Dios, amor fuerte, amor capaz de amar también a quien no responde de la misma manera, sino que ataca como un enemigo. capaz de perdonar.

Y para quienes son de otras religiones, se trata de un amor que puede llamarse benevolencia y se expresa en la “regla de oro” que otorga un realce mayor a muchas religiones: “Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti. No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti”.

Amor que, para las personas de las más distintas culturas, puede querer decir filantropía, solidaridad, no violencia.

Amor pues, un amor humano-divino que no excluye el humano y une hombres y mujeres, niños y ancianos, personas de distintas vocaciones, haciendo de ellas un solo corazón con las consecuencias que se pueden imaginar en el ámbito espiritual y material, compartiendo, en distintos grados, en un clima de paz.

Por ello, por su vocación a la unidad y a la paz, el Movimiento de los Focolares hoy, en mi persona, se siente como en su propia casa e impulsado interiormente a ofrecer su propia colaboración, que procede de la base. El Movimiento, por otra parte, como muchos de ustedes saben, está presente en la *ONU* a través de su ramificación en el ámbito social, el Movimiento Humanidad Nueva que, como una organización no gubernamental (*ONG*), goza de ‘status’ consultivo de tipo B en el *ECOSOC*.

Esta circunstancia quiere testimoniar un interés y una disponibilidad hacia los que, como prestigiosos representantes de los pueblos en la *ONU*, o como funcionarios altamente calificados, procuran, a menudo con esfuerzo, día tras día, conocer e interpretar lo que sucede en cada rincón del mundo, estar presentes donde la paz es herida y el equilibrio del mundo se tambalea, donde los derechos humanos son conculcados y el desarrollo reducido a un lejano objetivo.

No sólo. El Movimiento de los Focolares hoy, en mi persona, también advierte un impulso a colaborar de otra manera. Mi colaboración consiste en ofrecerles una breve panorámica de la espiritualidad que nos reviste y que es el secreto que hace posible la unidad y la paz entre personas de distinto tipo. Espero que este ofrecimiento sea de su agrado.

Nuestra espiritualidad, actual y moderna se llama espiritualidad de la unidad. Genera un nuevo estilo de vida, asumido por millones de personas que, inspirándose fundamentalmente en principios cristianos - sin olvidar, es más, evidenciando, los valores paralelos presentes en otras

creencias religiosas y culturas distintas - trajo a este mundo, necesitado de volver a encontrar o de consolidar la paz, trajo paz y unidad.

Esta espiritualidad no sólo se vive individualmente, sino de un modo comunitario, varias personas juntas. De hecho, posee una marcada dimensión comunitaria.

Ahonda sus raíces en algunas frases o realidades del Evangelio, que se encadenan las unas en las otras. Cito aquí solamente algunas.

En primer lugar presupone, para los que la viven, tener una profunda visión de Dios como lo que es realmente: Amor, Padre.

¿Cómo se puede pensar en la paz y en la unidad en el mundo sin la visión de toda la humanidad como una única familia? ¿Cómo verla de esta manera sin la presencia de un Padre de todos?

Requiere, pues, que abramos el corazón a Dios Padre, que no abandona a sus hijos a su propio destino, sino que los acompaña, protege, ayuda; que no pone sobre sus espaldas cargas demasiado pesadas, sino que es el primero en cargarlas.

Creer en Su amor es una obligación en esta nueva espiritualidad, creer que somos amados por Él personal e inmensamente.

De hecho, Él nos conoce en lo más íntimo, se ocupa de cada uno de nosotros, en todos los detalles, cuenta hasta los cabellos de nuestra cabeza... No deja únicamente en manos del ser humano la renovación de la sociedad, sino que Él se ocupa de ello.

Creer. Y entre las mil posibilidades que la existencia ofrece, elegirlo como Ideal de nuestra vida. Ponerse inteligentemente en aquella actitud que cada ser humano asumirá en el futuro, cuando alcanzará el destino al que fue llamado: la Eternidad.

Pero es obvio, no basta creer en el amor de Dios, no basta haber hecho la gran opción de Él como Ideal. La presencia y los cuidados de un Padre para con todos, invita a cada uno a ser hijo, a amar a su vez al Padre, a realizar cada día aquel especial proyecto de amor que el Padre piensa para cada uno, a hacer Su voluntad.

Y sabemos que la primera voluntad de un padre es que los hijos se traten como hermanos, que se quieran, que se amen. Que conozcan y practiquen lo que se puede definir el arte de amar, que el Evangelio enseña.

Este requiere que amemos a todos. No hay que elegir entre el simpático o el antipático, el que nos resulta agradable y el que no, el que es de mi patria o es extranjero, blanco o negro o amarillo, europeo o americano o asiático. Utilizando un lenguaje familiar para ustedes, podemos

decir que el amor no conoce “alguna forma de discriminación”. Hay que amar a todos, porque en cada uno amamos a Cristo. Él mismo nos dirá: “A mí me lo hiciste”<sup>2</sup>.

Quiere que seamos los primeros en amar, sin esperar que el otro nos ame.

Quiere que amemos a todos como a nosotros mismos, porque “Tú y yo - decía Gandhi - no somos más que una sola cosa. No puedo hacerte daño, sin lastimarme también yo”<sup>3</sup>.

Significa saber “hacerse uno” con los demás, o sea, asumir sus pesos, sus pensamientos, sus sufrimientos, sus alegrías.

Para dar un ejemplo del amor al hermano y de su eficacia para derrumbar barreras erigidas desde siglos y que se creían imposibles de derrumbar, les quisiera narrar, señores, una experiencia reciente.

Hace unos meses viajé a Tailandia. Había sido invitada por algunos monjes budistas a hablar, en Chiang Mai, en el norte del país, en una universidad budista a estudiantes y profesores y también en un templo, a monjes, monjas y laicos budistas.

Es un hecho absolutamente insólito y todavía más sorprendente si consideramos que me habían pedido que expusiera mi experiencia espiritual notoriamente cristiana.

¿Y por qué esto?

Lo podemos comprender si se conocen los precedentes.

Una gran maestro budista con un discípulo suyo, un destacado intelectual y persona abierta, después de haber conocido en Asia a algunos miembros de Movimiento, quisieron venir a Italia a un centro nuestro, más precisamente a una de nuestras ciudadelas, Loppiano, cerca de Florencia, donde sus 700 habitantes tratan de vivir con fidelidad el Evangelio, que genera la paz y la unidad.

Se quedaron profundamente impactados.

Impactados por el amor que encontraron allí.

El discípulo decía: “Ponía mis zapatos sucios fuera de la puerta y a la mañana siguiente los encontraba limpios.

“Ponía mi túnica sucia fuera de la puerta. Por la mañana la encontraba limpia y planchada.

“Sabían que tenía frío, porque soy asiático. Aumentaban la calefacción y me daban algunas mantas más...

“Un día pregunté: ¿Por qué lo hacen?

“Porque te queremos”, fue la respuesta que los asombró.

En aquella ciudadela los dos monjes aprendieron el amor cristiano y la unidad, que el amor genera entre varias personas. La unidad, de hecho, que como Jesús anunció, no deja a nadie indiferente, sino que conduce a la fe. ¿No dijo Él: “Que todos sean uno para que el mundo crea?”<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Cf. Mt 25, 40.

<sup>3</sup> Wilhelmen Mühs, “Parole del Cuore” Milán, 1996, p. 82.

<sup>4</sup> Cf. Jn 17, 21.

A los dos monjes, de hecho, algunas verdades del cristianismo se les iluminaron, y en el entusiasmo de la experiencia hecha, me invitaron a hablarles de esta maravilla: del amor, de la unidad y de la paz que se obtiene.

Mi permanencia en Tailandia - gracias a Dios y para su gloria - fue un éxito. Se ha abierto un amplio camino para un diálogo profundo, con un enriquecimiento recíproco. También nosotros, de hecho, hemos admirado su buena voluntad, su vida tiene mucho de heroísmo, su sabiduría.

Ahora se ha hecho un plan de acción para proseguir en este clima de fraternidad.

Este es, entonces, el valor del amor.

Pero, si este amor lo viven varias personas, se convierte en recíproco.

Y Cristo, el "Hijo" por excelencia del Padre, el Hermano de cada ser humano, dejó como norma para la humanidad el amor recíproco. Él sabía que es necesaria para que exista la paz y la unidad en el mundo, para que todos formen una única familia. Una familia humana universal que supera el restringido concepto de sociedad internacional, pues en su interior, las relaciones entre las personas, grupos, pueblos, están destinadas a derrumbar las divisiones y las barreras, de cualquier tipo y en todas las épocas.

Es evidente que, para cualquier persona que intente mover las montañas del odio y de la violencia, esa tarea resulte enorme y ardua. Pero lo que es imposible para millones de seres humanos aislados y separados, parece que se vuelve posible para personas que hicieron del amor recíproco, de la comprensión recíproca, de la unidad el motivo esencial de sus vidas.

Y, ¿por qué? Existe un porqué.

Otro elemento de esta nueva espiritualidad, vinculado al amor recíproco, de valor incalculable, que sorprende y causa admiración, también fue anunciado por el Evangelio. Dice que, si dos o más personas se unen en el verdadero amor, el mismo Cristo, que es la Paz, está presente entre ellas y, por lo tanto, en ellas.

¿Qué mayor garantía, qué posibilidad superior puede existir para los que quieren ser instrumento de fraternidad y de paz?

Este amor recíproco, esta unidad, que tanta alegría brinda a quien la pone en práctica, exige siempre esfuerzo, entrenamiento cotidiano, sacrificio.

Y aquí se presenta, para los cristianos, con toda su luminosidad y dramatismo, una palabra que el mundo no quiere oír pronunciar, porque es considerada necia, absurda, sin sentido.

Esa palabra es cruz.

No se hace nada de bueno, de útil, de fecundo en el mundo sin conocer, sin saber aceptar el esfuerzo, el sufrimiento, en síntesis, sin la cruz.

¡No es un juego comprometerse a vivir y a difundir la paz! Es preciso tener valor. Es necesario saber sufrir.

En fondo, ¿no es justamente del recuerdo del sufrimiento y del dolor del segundo conflicto mundial que nació la ONU? De lo negativo de la división y de la lucha a lo positivo de la integración entre los Estados y de la unidad entre las Naciones.

Y no es una casualidad que también el Movimiento de los Focolares haya nacido en ese mismo momento histórico: en la oscuridad de los bombardeos de aquella terrible guerra, un grupo de chicas descubría la luz del amor recíproco, la disponibilidad de dar la vida por los demás y difundir este amor entre personas, grupos, pueblos: sin excluir u olvidar a nadie.

Pero, sin duda, si muchas personas aceptaran el sufrimiento por amor, el sufrimiento que exige el amor, se podría convertir en el arma más poderosa para dar a la humanidad su más elevada dignidad: la de sentirse no tanto un conjunto de pueblos, uno junto a otro, muchas veces combatiendo entre sí, sino un único pueblo, embellecido por las características distintas de cada uno y custodia de las diferentes identidades.

Dios Padre, además, no nos dejó sin ayuda en este arduo camino. Conocemos aquellas ayudas que la Iglesia tiene siempre a disposición para los cristianos.

Y no podemos olvidar a María, amada, venerada, presente también en las otras religiones. María, la madre de Jesús y de cada hombre de la tierra. De ella podemos recibir inspiraciones, consuelo, amparo: la función característica de una madre es componer y recomponer siempre la familia.

Esta espiritualidad comunitaria no está necesariamente vinculada a una Iglesia: es universal y puede ser vivida por muchos.

Por ella, de hecho, se entablaron fecundos diálogos con todo tipo de personas, con cristianos de muchas Iglesias, con fieles de diferentes religiones y con personas de distintas culturas, que encontraron ratificados los valores en los cuales creen y juntos nos encaminamos hacia la plenitud de la verdad que es nuestra meta.

Hoy, en virtud de esta espiritualidad, hombres y mujeres de casi todas las naciones del mundo, lenta pero decididamente intentan ser, por lo menos allí donde están, semillas de un pueblo nuevo, de un mundo de paz, más solidario, sobre todo, con los más pequeños, los más pobres; semillas de un mundo más unido.

Por esta espiritualidad sentimos el deber de dar nuestro aporte también aquí, en esta “casa” de encuentro entre los pueblos, para apoyar con un suplemento de alma los esfuerzos que se llevan a cabo para hacer de la *ONU* un instrumento adecuado a las expectativas de la humanidad.

Por otro lado, los protagonistas de la vida internacional coinciden en la necesidad de repasar el sentido de la reciprocidad, uno de los puntos fundamentales de las relaciones internacionales, que también está en la base de nuestra espiritualidad y, por consiguiente, de nuestro obrar. Reciprocidad que requiere superar antiguas y nuevas lógicas de partido, estableciendo, en cambio, relaciones con todos, como el amor verdadero exige; que requiere ser el primero en actuar, sin condiciones y expectativas; que conduce a considerar al otro como a otro si mismo y, por tanto, a pensar desde esta perspectiva cualquier iniciativa: el desarme, el desarrollo, la cooperación.

Una reciprocidad capaz de llevar a cada protagonista de la vida internacional a vivir el otro, sus necesidades y sus capacidades, no sólo en las emergencias, sino a compartir cotidianamente la existencia.

La paz, como testimonian las finalidades y la actividad de las Naciones Unidas, tiene nombres nuevos y requiere en primer lugar un esfuerzo que la *ONU*, con vuestro especial aporte y la contribución de todos, puede apoyar: superar la categoría del enemigo, de cualquier enemigo.

Excluir la guerra no basta, hay que crear las condiciones para que cada pueblo sienta que puede amar la patria del otro como a la propia, en un intercambio recíproco y desinteresado de dones.

Que Dios, Padre de todos, fecunde nuestros esfuerzos, con los de todos los que trabajan en favor del gran objetivo de la paz. Y que se pueda, como dijo Juan Pablo II a la *ONU* en su quincuagésimo aniversario de fundación: “... Construir en el siglo que está por llegar y para el próximo milenio una civilización digna de la persona humana, una verdadera cultura de la libertad y de la paz.

“¡Podemos y debemos hacerlo! - siguió diciendo -. Y, haciéndolo, podremos darnos cuenta de que las lágrimas de este siglo han preparado el terreno para una nueva primavera del espíritu humano”<sup>5</sup>.

Gracias señores por la atención que me han dispensado. No los olvidaremos, pueden estar seguros; es más, los recordaremos ante el Príncipe de la paz.

---

<sup>5</sup> Juan Pablo II discurso a las Naciones Unidas en “*L’Osservatore Romano*” ed. española del 13.10.95 p. 9.

Ufficio Traduzioni, Rocca di Papa